

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): *Convertíos a mí de todo corazón.*

Salmo (50, 3-4, 5-6a, 12-13, 14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado».*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 - 6, 2): *Ahora es tiempo de salvación.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6, 16-18): *Tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.*

Con la celebración de este miércoles de ceniza comenzamos, un año más, el tiempo de Cuaresma y así somos continuadores de una tradición que comienza a finales del siglo III en Egipto, donde se decretaba un ayuno de cuarenta días para celebrar el ayuno del Señor en el desierto, pero pronto, este ayuno, adoptó la forma de preparación para la celebración de la muerte y Resurrección del Señor.

Posteriormente cuando el catecumenado tiene una organización estable, la Cuaresma es el tiempo de la última preparación de los catecúmenos para el bautismo. Ya en el siglo V, la Cuaresma adquiere los rasgos que se mantienen hasta hoy: Un tiempo de ayuno, de caridad y de oración para todo el pueblo cristiano, tiempo de preparación al bautismo para los catecúmenos y preparación a la reconciliación para los penitentes.

Este camino hacia la Pascua que es la Cuaresma, camino marcado por actitudes sinceras de conversión comienza hoy con la imposición de la ceniza. Este gesto es una señal de penitencia y de duelo ya presente en el Antiguo Testamento y un gesto que los cristianos de los primeros siglos hacían frecuentemente en privado. Pero este gesto es simplemente un signo, una señal visible de una actitud interior. Nos decía el profeta Joel en la primera lectura: **«Rasgad los corazones, no las vestiduras»** Por ello no podemos hacer que nuestra práctica cuaresmal se limite a grandes gestos externos, **«para que nos vean»**, sino que tiene que ser una conversión profunda del corazón.

El Evangelio nos propone una conversión en tres líneas: La **limosna**, la **oración** y el **ayuno** que, ya desde el siglo V, son los rasgos fundamentales de la Cuaresma. La limosna que no tiene que ser como la limosna interesada de los fariseos, no puede ser un tranquilizarnos la conciencia con dos euros, la limosna cuaresmal tiene que ser un ejercicio vivo de la caridad, un acoger al hermano más necesitado, ejercer una auténtica acogida y solidaridad.

La oración que tiene que ser una oración sincera, confiada, perseverante. Santa Teresa nos decía que la oración es: **«un trato de amistad con aquel que sabemos que nos ama»**. Y finalmente el ayuno, o sea, una actitud de penitencia, mejor dicho, de conversión. El Evangelio nos dice claramente que no se trata de grandes cosas, sino de un cambio de actitudes, de un cambio de vida, que nuestras penitencias no sean para que las vea la gente, sino para cambiar radicalmente nuestra vida en la intimidad del corazón.

Por ello, nuestro vivir la Cuaresma, nuestro disponernos a la celebración gozosa de la Pascua tiene que comenzar poniéndonos ante el Señor con las palabras del salmista: **«Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu»**.

La tradicional ceremonia de la imposición de la ceniza, tiene que hacer que el creyente tome conciencia de sí mismo, por si el orgullo, la ambición, los logros científicos, o la plenitud de la vida de consumo le invitan a olvidarlo, la ceniza nos hace esta reflexión: *«esto eres y en esto terminarás»*. Entre ese comienzo y ese fin se realizan todas las variantes de la existencia humana.

El rito de la imposición de la ceniza debe ser saludado con alegría porque nos brinda la oportunidad de reflexión: **«Convertíos y creer en el Evangelio»**, para hacer nuestra vida más bella, llenarla de sentido y darle mayor peso específico cristiano. La reflexión cristiana de este tiempo pretende sensibilizar sobre las prioridades de la vida de cada uno tanto en sí mismo como en las relaciones con la comunidad. Y es alegría porque se hace desde la perspectiva de la Pascua encuentro con la vida. El que se encuentra con la vida tiene sobrados motivos de alegría.

La ceniza se impone pronunciando al mismo tiempo una de estas dos fórmulas: **«Recuerda que eres polvo y al polvo volverás»**. O también esta otra: **«Conviértete y cree en el Evangelio»**. Esta segunda es más significativa. Porque lo más importante no es pensar que nuestro cuerpo terminará en la tumba o en la incineración, sino vivir nuestra relación con Jesús de tal manera que la tumba se convierte en puerta de una nueva vida. La ceniza no nos confronta tanto con la muerte como con la vida.